

Revoluciones



Contaba Gil Robles que Indalecio Prieto le dijo en su día que se podía ser revolucionario de buena fe por una vez, pero que para serlo por segunda había que ser un canalla. Vaya usted a saber si llevaba razón don Inda, pero, sin duda, una revolución es un maremagno que siempre acaba traumáticamente. Fíjense en la que hicieron nuestros vecinos galos: cuántos disparates se perpetraron al socaire del bellissimo lema “libertad, igualdad, fraternidad”. De la revolución rusa, mejor ni hablar. Callan en sus fosas decenas de millones de muertos, de resultas de aquella.

En esta España de nuestras entretelas no han faltado ejemplos de revoluciones, con sus correspondientes nóminas de víctimas. Mejor no repasarlas. Alguna quedó en el limbo, como la ansiada por el falangismo en una dialéctica deletérea que fue bien aprovechada por el general Franco para construir un armazón ideológico para su régimen, fagocitando por lo demás, sin demasiados miramientos, las ínfulas revolucionarias de la Falange. En definitiva, Franco quería ser Franco, sin más zarandajas. Cuentan que le preguntaban algunos: “mi general, ¿para cuándo la revolución pendiente?” Y el dictador, buen gallego, contestaba: “en eso estamos”. Pero nada.

Felizmente, tras su muerte, y no sin gravísimas dificultades, se descartó con grande sentido común la vía revolucionaria hacia la democracia. Era de cajón que eso sólo conduciría al desastre y condenaría a una generación a la melancolía más absurda. De modo que funcionó el pacto y consiguieron entre todos redactar una Constitución que sin ser excelsa, como algún alcalde socialista la calificaba en los primeros años ochenta, garantizaba una estabilidad política que devendría en reformas sociales y mejoras nunca disfrutadas por los españoles. ¿O alguien se atreve a afirmar que la España de hogaño es peor que la de hace décadas? Creo que nadie en su sano juicio diría tal cosa. Eso sí, todo es mejorable, no faltaría más. Pero si a usted, en su casa, le sale ardiendo un enchufe o se le rompe una baldosa, o le pierde agua un grifo, con certeza que no derriba la casa. Sencillamente, repara las deficiencias y sanseacabó.

¿En qué estamos ahora? Pues en que algunos han decidido que este sistema es, para qué andarnos con tonterías, una mierda, disculpen la vulgaridad. Y que como hay paro, y corrupción, y desahucios, lo mejor es tirar todo a hacer puñetas e inventar un Estado nuevo. Falsedad de falsedades. Lo que pretenden no es nada nuevo, ya está todo más que inventado hace decenios, y las propuestas, por mucho que se adornen con fuegos de artificio verbales y con santísimas indignaciones, ya se sabe que no funcionan. Ni el comunismo con (o sin) disfraz de lagarterana (¡Qué chula le quedó esta ocurrencia a Alfonso Guerra!), ni la vía venezolana, sirven sino para generar miseria. No puede existir un leninismo amable, lo mismo que no sería nada agradable un régimen a lo Mussolini. Antiguallas.

¿Qué es lo que ha funcionado, qué sistema ha traído bienestar, paz y progreso? El sistema de las democracias liberales. ¡Es que hay corruptos, oiga! ¡Pues anda, que en las dictaduras...!

En fin, no dispongo de más espacio, y el asunto de hoy da para mucho. De modo que, para terminar, les propongo que se fijen en la siguiente reflexión: “El Estado liberal vino a deparar la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: sois libres de trabajar lo que queráis (...) ahora bien, como nosotros somos los ricos os ofrecemos las condiciones que nos parece; (...) y si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas (...) pero (...) moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal.” Tela marinera, oiga. ¿Saben quién pronunció estas palabras? Frío, frío. No es nadie de los recién llegados de Podemos, o similares. Aunque seguro que están de acuerdo. ¿Qué, no lo adivinan? Este mensaje tan de izquierdas salió de la boca de José Antonio Primo de Rivera el 29 de octubre de 1933, en el mitin del Teatro de la Comedia de Madrid, considerado el fundacional de Falange. ¡Jo!